

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VI.

Murcia 25 de Febrero de 1894.

Núm. 202.

Suscriben: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-trajeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

MARIANO PADILLA, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

¡Ah!

Esta exclamación indica que por fin he sabido quien era la mascarita que mi dió broma en la Glorieta.

No se llama Filomena, si no Angeles, y vive en la calle de Santa... dispénsenme mis lectores si no les digo la calle; es tan bonita y tan hechicera, que temo que alguno llamado por la curiosidad, pase por allí, la vea, se enamore, y tenga mos algun lance de honor: yo no permito que esa mujer sea de nadie, por ser la que mi fantasía creó.

Ahora desearán saber mis lectores como he podido averiguar quien era. Es en extremo sencillo. Atendiendo a la súplica que la hice el anterior domingo en mi *palique* de que me escribiese, ella ha sido tan complaciente, que el martes último recibí un perfumado billete, (como diría mi amigo Malvastre) en el cual con mucho ingenio y humorismo, me expresaba lo agradecidísima que estaba a mi humilde personalidad.

No publico su cartita temiendo ser indiscreto.

¡Qué mujer Dios mío, que mujer! Ni es alta ni baja, ni morena ni rubia, ni gruesa ni delgada.

Es su tipo seductor; su mirada abrasadora y su boquita es tan mona que cuando se sonríe se queda uno con la boca abierta: saca la lengua, se le cae la baba y exclama:

—¡Ay Angelita, Angelita! no se ría usted más; siento por todo mi cuerpo un cosquilleo y un escarabajo que me dislocan y embelesan.

Si ustedes me hubiesen visto la otra noche hablando con ella en la plaza de San Pedro. ¡Ah! Yo no

creía que estaba en la plaza de San Pedro, si no en la puerta del cielo, y que antes de entrar en él, salió Angelita y la dije:

—Yo soy un infortunado mortal que puede ser muy feliz si accedes a mis pretensiones.

—¿Y qué es lo que deseas?

—Vana pregunta; ¿qué es lo que yo puedo desear de ti? ¿acaso ignoras mis aspiraciones? ¿no sabes que me robaste la calma? ¿no sabes que desde el día en que me diste broma carezco de corazón? ¡Ay, Angeles, Angeles, cuan desgraciado soy!

—¿Pero que estás diciendo? vamos, veo con gran sentimiento que tu imaginación está muy escitada: serenate, no estás bueno de la cabeza; lo que has visto han sido visiones.

—Tienes razón; mi mente está muy estraviada; tu tienes la culpa de ello.

—¿Yo? ¡já, já, já. Pero si no me he disfrazado este año?

—¿Cómo que nó! si me dices en tu carta....

—Esa carta la he escrito yo, es cierto; pero en nombre de la máscara que te dió broma.

—Pues... ¿quién fué la que me embromó?

—Fué.... mi criada.

—¡Horror!—exclamé.—Ya mas sereno vi que no estaba en las puertas del cielo, si no en la plaza de San Pedro, que a mi me pareció la misma puerta del infierno.

El castillo de naipes que mi fantasía creó y las ilusiones y esperanzas forjadas por mi mente se derribaron en un momento.

La palabra *criada*, me heló el corazón.

RAMON BLANCO.

A mi querido amigo

RAMON BLANCO

En vista de tu firme resolución expuesta en tu *palique*, publicado en el número anterior, de variar de estado por medio de los indisolubles lazos del matrimonio, voy a tomarme la libertad de darte un consejo para cuando llegue este caso, el cual puede servir tambien para los distinguidos lectores y bellas lectoras de tu digno semanario.

Dicho consejo se puede tomar del siguiente cuento:

Quien quita la ocasión, quita el peligro.

Es un día espléndido de verano. El cielo está azul como una turquesa, sin que la mas ligera nube empañe su hermosura.

Un sol tropical dora las pizarras de los tejados que parece se abrasan, y convierte los cristales de los miradores en diamantes esplendoresos y resplandecientes.

En el fondo de la población se destaca magestuosamente una hermosa torre de gótica arquitectura, que corona una iglesia en cuyos sillares aunque algo carcomidos por el transcurso de los siglos, aun se observan grotescas y caprichosas figuras.

De dicha iglesia salen con sin igual gallardía una enamorada pareja, que acaba de jurarse un amor eterno al pie del ara.

¡Qué hermosa pareja!

Despierta la envidia de las gentes; verles tan dichosos, tan felices; ella lleva los labios encendidos, sus cabellos de oro, rizados y abluados, su nítido cuello, los colores y las líneas pronunciadas de su belleza, no desvanecen ni en un punto la saliente y principal cualidad que